

UNIVERSIDAD LITERARIA DE SALAMANCA

---

DISCURSO

LEIDO

EN LA

APERTURA DEL CURSO ACADÉMICO

DE

1894 á 95

POR

*D. Cecilio González Domingo*

DE LA

*Facultad de Ciencias*





DISCURSO  
IN ABRIL  
APERTURA DEL CURSO ESCOLAR

# DISCURSO INAUGURAL





5

UNIVERSIDAD DE SALAMANCA

---

DISCURSO

LEIDO

EN LA

APERTURA DEL CURSO ACADÉMICO

DE 1894 A 95

POR

*D. Cecilio González Domingo*

DE LA

*Facultad de Ciencias*



SALAMANCA

IMPRENTA DE FRANCISCO NÚÑEZ IZQUIERDO

*Corrillo, 28, y Ramos del Manzano, 42*

1894





Excmo. é Ilmo. Sr.:

ORRESPÓNDEME, por turno reglamentario, ocupar este sitio en la solemnidad con que comienza el nuevo curso académico; y en cumplimiento de ese deber, entro desde luego en el desarrollo del tema elegido, teniendo en cuenta la brevedad discretamente recomendada en R. O. de 30 de Noviembre de 1893, y confiado en que los sabios profesores y el público ilustrado que forman tan respetable auditorio, disculparán, con su benevolencia, el asunto de este pobre discurso, que tanto se aparta de la especialidad de mi profesión.

La Universidad de Salamanca recibió en su primitivo seno el germen de la inteligencia, depositado por el cristianismo para que con su luz se disiparan las densas nieblas venidas del norte, y yo quisiera que esta famosa Escuela fuese también de las primeras que, con sus resplandores, contribuyesen á desvanecer las nubes que aparecen en el horizonte de nuestros días, como si nuevo poderoso imperio se derrumbase, y otra terrible invasión cambiara de rumbo los destinos de la humanidad.

No pretendo yo, porque á tanto no llega mi valentía, señalar dirección al estudio y al saber; solo aspiro á exponer personal punto de vista para apreciar los efectos de la cultura contemporánea, en la creencia de que se halla próximo el momento de la comun alianza, si hemos de evitar el desastre que amenaza á la sociedad, con el predominio adquirido por la inteligencia en nuestro tiempo.

## I

A la más superficial observación, no puede ni debe ocultarse que atravesamos un período en que las ramas del humano saber sufren radical modificación en sus principios y en sus ideales, reflejándose, por mágica influencia, el efecto de ese cambio en las funciones todas del espíritu, desde la labor de la inteligencia á las manifestaciones de la naturaleza sentimental del hombre.

La filosofía experimenta crisis profunda; el arte un eclipse en sus inspiraciones; la literatura transición en sus imágenes, y como natural consecuencia de nuestro modo de pensar

y de nuestro modo de sentir, transfórmanse las ideas y los sentimientos fundamentales: la idea del Estado, la idea de la historia, la idea de la humanidad, la idea del bien y del mal, á la vez que el sentimiento de lo bello, de lo sublime y de lo infinito, porque estos y los demás movimientos del alma se producen y se desenvuelven y se manifiestan bajo el influjo de la verdad de cada época, que no es ni puede ser más, por extraordinario y perfecto que resulte el progreso, que la mayor aproximación al ideal de lo absoluto, presentido en todas las edades y en todos los pueblos.

Grande sería nuestro error sí, en el estado de vacilación y de duda en que se halla el espíritu, creyésemos que habíamos llegado á la última expresión de la absoluta certeza, y pretendiéramos formular todas nuestras conclusiones definitivas acerca de cuanto pasa en nuestro interior y en derredor nuestro.

Lejos de encontrarnos en esa situación, que la soberbia y el orgullo proclaman cuando nuevas revelaciones de la ciencia, insignificantes siempre por grandes que aparezcan, aumentan el tesoro de nuestros conocimientos, jamás ha presentado tanto relieve la incertidumbre, siendo esa la causa ¿por qué no decirlo? de los asombrosos contrastes de nuestro tiempo.

Incertidumbre manifiesta en las rectificaciones de la filosofía, en las rectificaciones de la metafísica y de la ciencia, que envejece, con pasmosa rapidez, sus doctrinas y sus teorías, y á cada instante se presenta con nuevo aspecto, elevándose unas veces á la altura de la fé, y descendiendo otras al abismo de la duda; en esta situación, cuando hay que declarar que la ciencia no está formada aún, se pretende probar que hemos llegado á la posesión de la verdad definitiva, aspiración seductora

y halagüeña, impulso de los grandes movimientos del corazón de los pueblos, concebida y expresada de modo diferente, según el estado del pensamiento, en los tres períodos á que puede referirse la historia de la humanidad: el simbólico, con las verdades reveladas por el sentimiento; el filosófico, con las percibidas por la intuición, y el científico, con las demostradas por el cálculo y la experiencia.

El progreso científico provoca renaciente actividad, devoradora de todas las facultades de nuestro ser, desde la que lee la palabra de Dios escrita en las rocas, hasta la que formula algébrica expresión para seguir el curso de los astros; desde la que aporta materiales para fundar el orden moral en la sociedad, hasta la que pretende asistir, en su constante investigación, á las infinitas creaciones del universo; y en este supremo choque de ideas, sistemas y creencias, todo se analiza y se litiga, los linderos de la fé y de la ciencia, los dominios de la materia y el reinado del espíritu, la abstracción del panteísta y el candor del creyente, conmoviéndose las potencias todas del alma, y más que todas la que nace en el abismo de nuestra existencia y viene á ser escondido impulso que pone en vibración el espíritu para producir alegrías y dolores, todo género de afectos y todo género de deseos, á la manera que el eter, originándose en la infinidad de la creación, produce en sus vibraciones los colores que hermocean y la tempestad que espanta, la luz que vivifica y el rayo que destruye, el fuego que abrasa las entrañas del planeta y arde en el trópico, y el hielo que ahuyenta la vida y se perpetúa en los polos.

A esa preciosa facultad, á ese componente de nuestra humana naturaleza, tan agitada por diversas contradicciones, dedicamos este modesto trabajo, pora señalar la *influencia del desarrollo científico en el elemento sentimental del hombre.*

## II

El sentimiento es para nosotros la función del espíritu puro y libre sobre el ser físico, acción experimentada al escuchar acentos de amor ó notas de inspirada melodía; acción experimentada al leer páginas brillantes ó presenciar hechos heroicos; acción notada al contemplar los fenómenos de la naturaleza en su infinita variedad y en su sucesión infinita.

Concebido así el sentimiento, fijemos la atención en los sucesos más culminantes de la historia, seguros de encontrar, en el desarrollo y dirección que haya alcanzado esa facultad, la clave para explicar los grandes fenómenos sociales.

En los pueblos primitivos, desligado el espíritu de la investigación científica y de la intuición filosófica, centellea más fulgurante el sentimiento, y ahora se abisma en grandes errores, ahora penetra en el orden superior del mundo sensible para revelar los principios de una moral inalterable.

Y como en este período, en los sucesivos, en todos, de la naturaleza sentimental del hombre reciben impulso sus acciones, las cuales conducirán al bien ó al mal, á la virtud ó al vicio, según sea la dirección que al sentimiento impulsor marquen y señalen los conceptos predominantes, las ideas y los pensamientos que se consideren como verdaderos.

¿Deseamos conocer las causas de los grandes cambios que han agitado al mundo?

Empecemos por investigar las condiciones, el medio ambiente en que se desarrolla el sentimiento, la dirección que recibe, la cultura que le guía y la inteligencia que le ilumina, teniendo en cuenta que, agente motor de los humanos actos, su influencia es poderosa, como originada en la esencia de

nuestra vida; empecemos ese linaje de investigaciones, sin olvidar que podrán renovarse, como se renuevan, las ideas en el cuerpo social y las moléculas en los cuerpos orgánicos, pero que en esa eterna transformación, permanece invariable en los abismos de su origen, como los astros en sus órbitas, ese impulso interior que nace en el fondo de nuestras facultades intelectuales, entre las energías del albedrío, antes que nuestros pensamientos y antes que el juicio de nuestra conciencia, presentándose como sublime enigma que brilla sobre todas las concepciones de la razón, para dar realidad al héroe, al bienhechor y al mártir, y servir de inspiración al arte, de númen á la poesía y de fundamento á la moral.

El sentimiento, así concebido, es como inagotable fuente de bellos ideales, sin excluir el que comprende á todos: el ideal de la perfección. Mas el sentimiento aisladamente no puede conducirnos á ella, por ser solo potente impulso, acción constante del espíritu, inquieto por llegar á la posesión de la verdad, inquieto por aparecer con sus perfecciones, pero sujeto al desorden, si educamos mal esa potencia maravillosa.

De la dirección que esta reciba, por virtud de las ideas imperantes, dependerán sus manifestaciones: el sentimiento de la naturaleza, el sentimiento religioso, el de la sociedad, el de la familia, el del hogar, el del amor, el de la justicia y el del derecho.

Júzgase el hombre sin independencia personal, absorbido por el universo, partícula, como los demás seres, de una sola esencia, eterna é inmutable, y en aquella atmósfera, sin noción científica que le gué para explicarse los fenómenos naturales, créese confundido, de modo absoluto, con el mundo exterior, é impulsado á formular juicios de cuanto le rodea, entiendo que su existencia, su felicidad, su infortunio, su bienes-

tar y su sufrimiento, dependen solo de las condiciones del medio cósmico en que vive.

De la percepción de esta dependencia surge en los pueblos primitivos el sentimiento inmenso de la naturaleza, como si proviniese del seno mismo de aquella fantasía oriental, tan rica en hermosas aberraciones como pobre en conceptos intelectuales, para soñar con esperanzas seductoras ó sufrir con infinitos temores, y en ese sentimiento se funda y encuentra asiento el orden religioso y el orden social.

El bien y el mal, el premio y el castigo, cuanto se refiere al hombre, los afectos del alma y los pensamientos de la razón, la luz y las tinieblas, el calor que dá vida, el rocío que vivifica y la lluvia que fertiliza la tierra, la majestad de los fenómenos naturales, en los cuales se ocultan las potencias que protegen ó atormentan, todo proviene de una sola esencia, cuyas manifestaciones dan lugar á la múltiple variedad de los seres.

El sentimiento y la idea van siempre unidos; pero el primero se muestra más potente cuando las concepciones intelectuales ni le cohiben ni le modifican.

Los primeros pueblos, no pudiendo elevarse al conocimiento de las leyes que rijen el mundo, solo vieron en la creación belleza y hermosura, tormentos y dolores, y su sentimiento palpita en aquella cosmología teológica que confunde la obra con el artífice, el universo con Dios (1).

---

(1) La filosofía india, partiendo de que Brahm es el principio único, el autor y el espíritu de todas las cosas, residente en todas ellas, confunde el ser absoluto con sus manifestaciones.

El universo es, pues, Dios. El mundo es Brahm. Solo él existe realmente; por ser la substancia infinita, indeterminada, la unidad total indivisible, que aparece en el espíritu y en la materia.

La idea fundamental y directora del universo-Dios, privando al mundo de caracte-

Toda la organización en las sociedades antiguas fué esencialmente religiosa, y naturalmente tenía que serlo.

En el hombre, y como en el hombre en las sociedades, se desarrolla y funciona antes el corazón que la inteligencia, aparece antes el sentimiento que la idea, se ama primero, se piensa después.

El amor nos despierta en la cuna con las caricias de la madre, en cuyo regazo nos desarrollamos con el calor y el alimento de sus entrañas, con lágrimas de alegría y ósculos de dolor, mezcla de sobresaltos y placeres, de pensamientos que acongojan y oraciones que alientan; ese amor, que desenvuelve el sentimiento en el alma, es único guía de nuestros primeros pasos de la vida, la razón se forma después, poco antes de bajar á la tumba, para rodear nuestra existencia de dudas y quebrantos.

Por eso en los pueblos primitivos domina la creencia religiosa, sumida en abismado misticismo y estimulada por profundo sentimiento, tan profundo como se manifiesta en el pastor de nuestros días, que en contacto con la naturaleza, esclavo de ella, sin recursos para dominarla, no puede estudiar y contempla, no puede investigar y admira, para SENTIR en el fondo de su ser lo que la filosofía, después de admirables intuiciones, y la ciencia, después de asombrosas conquistas, aún llaman realidad incognoscible.

---

res físicos y esterilizando la inteligencia, dió lugar á la más extraviada expresión del sentimiento, que creaba ridículas fábulas para enriquecer la imaginación del pueblo oriental. Todos los seres de la creación, todos los objetos tienen su misión especial, que consiste siempre en una expiación misteriosa, sentimiento que producía efectos enteramente contrarios: el respeto supersticioso á la vida de los seres extraños al hombre y el desprecio de la propia vida, el aniquilamiento del yó, de la persona, que impulsa al indio al suicidio, á dejarse morir en la inactividad de un terror contemplativo del mundo ó al sacrificio en las fiestas religiosas.

Extraviado de esta suerte el sentimiento en los pueblos antiguos, sin ideas de verdad acerca de la grandiosidad de los cielos y la hermosura de la tierra, sin ideas del orden moral, y movidos á organizar la sociedad, crear la familia y penetrar en el enigma del mundo, inclínanse á creer lo que sin comprender admiran, y nace la religión panteísta, la adoración, en tenebrosas galerías, del universo-Dios, rodeada de absorbente misticismo, que sostiene y alienta en el pueblo indio la esperanza de la metempsícosis, explotada por el fuerte para que el paria sufra resignado los castigos, y el esclavo el látigo del sacerdote.

La filosofía india transmitió á casi todos los pueblos sus dogmas, sus mitos y supersticiones, y con ellos la aberración del sentimiento, extraviado por el error en que el hombre vivía acerca del origen, naturaleza y leyes del mundo.

Así se explica que no encontremos en Asia un estado social fundado en los sentimientos de bondad y de justicia, sino en el despotismo y en la tiranía.

La China alcanza distinta civilización que la India; realiza grandes descubrimientos, pero sin influir en la evolución científica ni poderse elevar á la investigación de las causas, por subordinar la observación del universo de una manera fatal, metódica y necesaria, á combinaciones numéricas y á ciertas relaciones armónicas (1); Caldea conoció la causa de muchos fenómenos celestes; el Egipto revela las primeras verdades de la astronomía, hoy mismo es considerado como uno de

---

(1) La primitiva doctrina filosófica, consignada en el Taote-King, libro del filósofo chino LAO-TSEU, seis siglos antes de la era cristiana, solo admitía como principio y esencia de todas las cosas, la *Razón Suprema* ó *Tao*. Este ser en su primer estado de inmovilidad era indistinto, pero en cuanto comenzó á dividirse y revestir formas corporales, se hizo distinto y tuvo un nombre. Lo primero que produjo fué el *uno*, es decir, pasó del



los pueblos más sabios de la antigüedad (1), y admirada la razón fría y severa que se manifiesta en la doctrina del sacerdote. Sin embargo de lo cual, y por la torcida dirección dada al sentimiento de la masa del pueblo, que tenía cerradas las puertas del templo, donde la ciencia encontraba filosófico culto, Egipto, como Caldea, como Persia, como la China y como la India, cae en esa fatalidad que aniquila el pensamiento para entregarse á las fábulas más absurdas.

Sucede esto sin excepciones, por que ninguno de esos pueblos llega á poseer conocimiento fundamental de la naturaleza, de donde deducir las ideas de humanidad y de progreso para dirigir el elemento sentimental que, desordenado, produce el misterio del templo en Egipto, el augurio y el horóscopo en Caldea, la rebelión de Ahriman en Persia, la inmovilidad en la China y la metempsícosis en la India.

### III

En aquella confusión de errores y de fábulas, de mitos y de absurdos, de misterios y supersticiones, de dioses y de mónstruos, creados por la fecunda imaginación oriental para explicarse el origen y cualidades del mundo; en el tropel de tan diversas tradiciones, alteradas quizá por el tiempo, que unas veces parecen restos de antigua y perdida ciencia y no

---

*No-ser* al *Ser*. *Uno* produjo *Dos*, dividiéndose en principio femenino, ó *yin*, y en masculino ó *yan*.

*Dos* produjo *Tres*, uniéndose el principio masculino con el femenino. Y, por último, *Tres* produjo todos los seres del universo.

(1) Historiadores ilustres aseguran que *Pitágora*, *Homero*, *Platón*, *Licurgo*, *Solón* y otros, fueron á buscar las ciencias á Egipto.

pocas prueba inequívoca de la juventud de los pueblos á que se refieren; en aquel caos de ideas y de creencias, sumida la humanidad en la ignorancia, sin ley moral para el individuo y sin ley civil para la sociedad; cuando aparecían más densas las tinieblas en que se movía el espíritu, entregado á la adoración de la naturaleza, divinizada y personificada en multitud de animales, esculpidos ó vivos, sin ciencia para comprender la verdad y sin lógica para relacionar las ideas, resplandece, como luz arrancada á la primitiva obscuridad, portentoso concepto acerca de la creación, cuyo conocimiento ha producido y producirá siempre, por maravillosa influencia, el supremo impulso de todos los movimientos de nuestra alma; aparece en el Génesis de Moisés la explicación del origen del universo (1), explicación que resiste el transcurso de los siglos y la crítica de la ciencia, la cual, hoy mismo, no señala en ella nada de imposible, y al vivísimo destello de idea tan grandiosa, expuesta con sencillez inimitable, se desvanecen tantas y tan absurdas manifestaciones como hasta entonces había tenido el sentimiento, nunca bien dirigido, y se desvanecen también los demás génesis asiáticos, porque la fantasía de los indios, la tradición de la China y las meditaciones de los egipcios no consiguieron dar á sus creencias el carácter humano y de verdad que campea en la enseñanza mosaica; y desaparecen los mónstruos que en la India

---

(1) La exposición de Moisés con toda su admirada sencillez se condensa en estas líneas:

«En el principio crió Dios el cielo y la tierra; la tierra era un desierto: estaba informe y sin adorno, esto es, sin plantas ni habitantes: las tinieblas se extendían sobre la faz de esta cosa confusa. Dijo Dios: sea la luz y apareció la luz; sea el firmamento ó la extensión de los cielos; sean las lumbreras en la extensión del cielo, y separen el día de la noche, y sirvan para señales de tiempos, días y años; para que den luz en el firmamento y alumbren la tierra. E hizo las grandes lumbreras, la mayor para que presidiese al día y la menor para que presidiese á la noche. E hizo las estrellas.»

tienen figura de un Dios que engendra diversas castas de la boca, del brazo, del muslo y del pié; en la China la de dragones misteriosos, en Persia la de toros que engendran al hombre de sus ojos, y en Egipto la de terneras fecundadas por rayos celestiales y de escarabajos y culebras de singular influjo sobre la humanidad.

Todo esto desaparece con la voz del Sinaí, al expresar, con el rigor de lo absoluto, la formación del mundo y establecer la ley civil á que han de obedecer los ciudadanos para fundar el orden moral; y desaparece, porque Moisés habla más al sentimiento que á la inteligencia, empleando el lenguaje sencillo que podía entender el pueblo hebreo, exponiendo el grandioso bosquejo de la creación sin aspecto científico, por encaminarse, en primer término, no á formar un pueblo de sabios, sino á dirigir el corazón de la muchedumbre, á impresionar la naturaleza sentimental del hombre, á fin de que, distinguiendo á Dios del universo, que es su obra, sacada de la nada ó del caos informe, creado y ordenado, concibiese la pasividad de la materia, la inercia física en el origen, y distinguiera la personalidad humana con su alma, infundida por Dios, y con su cuerpo, hijo de la tierra y sujeto, como ésta, á las leyes cósmicas.

Por dirigirse al sentimiento y no á la inteligencia, alcanza Moisés, con la lógica que ordena los fenómenos del espíritu, que se modifiquen las creencias religiosas y las creencias morales, las costumbres y las leyes de los pueblos; y su genio, adivinando los misterios de la naturaleza (1), derrama la luz de

---

(1) El Abate Moigno, hablando de la inspiración dada á los escritos sagrados, se expresa en los siguientes términos, que son consoladores para los espíritus que anhelan y buscan la gran concordia. «Pero yo voy más lejos, dice, con Amper y de Serres; es mi profunda convicción como la suya que la ciencia de las Santas Escrituras supone casi

una doctrina apenas modificada después de diez y nueve siglos de progreso; rompe y deshace la consustancialidad del alma humana con la materia, distingue el Eterno y su obra, el hombre de los demás seres, la superioridad de Dios sobre el universo, y reglamenta nuestras acciones en el más inmortal y hermoso de todos los códigos.

Moisés logra mutación tan extraordinaria hablando al sentimiento para educarle, y dirigirle y apoyar en él toda perfección (1); mas no basta esta doctrina para desviar el

---

siempre ó una revelación venida de lo alto, ó á lo menos esa mirada del genio que adivina los misterios de la naturaleza, penetra las tinieblas de que están rodeados, y constituye la verdadera inspiración que comunica á los hombres un rayo de la luz eterna.»

(1) No es nuestro propósito hacer un estudio científico del Hexameron ni de la interpretación que los santos Padres y los doctores escolásticos dieron á la parte que se relaciona con la ciencia natural. Pero sí haremos notar que es opinión universalmente admitida que la letra de Moisés solo traza á grandes líneas el orden de las cosas criadas, comenzando por las más elementales y subiendo, por grados, hasta el hombre, remate de la obra conocida.

Es asimismo doctrina por todos aceptada que esos comentarios no eran incontrastables en la exposición científica, como gallárdamente escribe el P. Mir, por hallarse en armonía con los conocimientos que se tuvieran de las ciencias naturales.

Así se explica que si hubo unidad en la parte dogmática no sucediera lo propio en la interpretación científica.

En esta diversidad, lógica por el desarrollo de la ciencia en los diferentes periodos históricos, apoyáronse los enemigos del dogma para negar conformidad entre el Genesis y la ciencia natural; mas si al parecer encontraban fundamento para su oposición, debíase á la escasa certeza de sus afirmaciones científicas. Por eso sucede que cuando las ciencias naturales han llegado al esplendor que hoy alcanzan, es más fácil demostrar, en el terreno científico, aquella conformidad, tan litigada hasta el presente, y se ve, en efecto, que los sectarios de la escuela radical, no pudiendo negar ya la verdad de la narración mosaica, consideran á Moises como el primer naturalista, para citarle á la vez que á Limneo, Cuvier y Darwin.

Sea como quiera, siempre resulta que en la atmósfera de ignorancia en que vivía el pueblo hebreo, apareció un hombre tan extraordinario, una inteligencia tan superior y un entendimiento tan clarividente que en el orden moral dió leyes y principios inmutables, y en el científico pasa á través de los siglos con autoridad indiscutible, no obstante la vanidad de la ciencia contemporánea.

elemento sentimental de la influencia del error en las ideas y en los juicios.

Separada el alma de la materia, pero sin haber fijado la relación que la une con el Criador, la filosofía greco-romana personifica la naturaleza en el hombre, ideando un Dios para cada fase de la vida, y una teoría del mundo y de la creación para cada escuela, y una escuela para cada filósofo, y un filósofo para cada hipótesis ó para cada pensamiento fundamental, y derrama caudal copioso de principios y teorías, de conocimientos y sistemas.

Agitada la inteligencia por saber tan extenso como contradictorio, pierde el sentimiento la dirección recibida por la enseñanza mosaica, y vuelve á ser perturbado por el error en el concepto, para llevar otra vez, entre la luz de tantas ideas y las sombras de tantos sofismas, la vacilación á la conciencia.

Es materialista del sistema atómico, cinético y adinámico de Leucipo y Demócrito la escuela jónica, fundada en el testimonio de los sentidos; matemática á la par que panteísta-idealista la escuela itálica de Pitágoras, fundada en la abstracción racional, y esencialmente panteísta la escuela eleática de Jenófanes; y en lucha tan diferentes modos de pensar y de sentir, se llega á la negación del mundo y á la negación de Dios y á la supresión de todo sentimiento de bondad.

La filosofía helénica toma diferente camino, marcado por el genio extraordinario de Sócrates, y en lugar de estudiar el mundo exterior, dirígense las investigaciones al interior de nuestro ser, al elemento psicológico ó antropológico, y entonces la naturaleza sentimental experimenta total transformación, para creer con Platón en el alma universal que, emanada de Dios, gobierna y anima el mundo físico; ó para sentir con Aristóteles el impulso del primer motor ó caer en el estoicismo

de Zenón, ó en el excepticismo que prepara la educación político-militar de Roma y despierta el sentimiento de la guerra y de la conquista entre una moral corrompida y un sensualismo casi divinizado.

No podía seguir el mundo en esta situación, y aparece el cristianismo, que arroja torrentes de claridad en nuestra naturaleza interior.

Como la voz de Moisés, la palabra de Cristo perfecciona el sentido moral, hablando, no á la inteligencia, sino al corazón, al cual enseña el medio de alcanzar inefables goces; y en este cambio, que por modo providencial experimentan los pueblos, lo primero que en el hombre se modifica es el elemento sentimental, fuente de creencias y de fé, de adoración y de culto, con la idea de la Encarnación, que establece las relaciones entre Dios y la humanidad, para crear la filosofía cristiana y afirmar la libertad moral é intelectual del hombre, cuya personalidad había sido negada por el paganismo asiático, desfigurada en la Academia y en el Liceo de Grecia y degradada en las bacanales de Roma.

Por eso hallamos en los primeros siglos del cristianismo la prueba más acabada de la influencia que en el ser humano ejerce su acción sentimental.

La inteligencia popular obedecía la dirección dada por la palabra del Evangelio, y muchos creyentes, sin comprender la nueva verdad, pero penetrando en ella con el sentimiento é impulsados por él, llegaban al martirio, pasando antes por las alucinaciones y los éxtasis, relámpagos de fé, para adorar á Aquel que era todo amor, muerto en ignominioso suplicio en lejano rincón de despreciado pueblo.

Así venció el cristianismo: luchando con el maravilloso poder del sentimiento, que hace, según una bella frase, bajar

á Dios del cielo y que á él suba el hombre desde la tierra. Venió, pues, con el impulso del sentimiento, si bien aseguró el triunfo con la bondad de su doctrina, proclamando la personalidad completa del hombre, inteligente, responsable, y dando guía á su espíritu, y á todas sus facultades, para pensar, obrar y creer.

Y cuantas veces deseemos apreciar las manifestaciones del sentimiento, que por caminos tan diferentes aparece en los hechos culminantes de los pueblos, será preciso, será indispensable que averigüemos la dirección que haya recibido de la idea fundamental que sobresalga en los grandes problemas de la vida.

Dáse preferencia en la Edad Media á las luchas metafísicas; prohíbese toda investigación científica, trátase solo de la naturaleza y causa primera de las cosas, y sobreviene el misticismo de aquella época, que reconcentra las emociones en el templo, para llevar la superstición á la conciencia. Pero el espíritu humano tiene el movimiento por ley de vida, y la quietud de la Edad Media, determinada por el dominio de una sola síntesis, por la presión formidable de la intolerancia sobre las ideas, produce el potente esfuerzo del Renacimiento, á cuyo amparo la inteligencia busca anhelosa las obras admirables de otro tiempo, y expresa en el mármol, en el lienzo y en la armonía musical, la profunda metamorfosis que, al cambiar la forma de conocer, experimenta la naturaleza sentimental del hombre.

Y si por la Historia esta es época juzgada de magnífica en la evolución de los pueblos, por que el trabajo produce maravillas, edificando los mas soberbios monumentos y dando al arte desconocidos y amplísimos horizontes, al saber el comienzo de la ciencia moderna, á la filosofía la experimenta-

ción y la libertad al espíritu, obsérvese que en tantos prodigios, lo mismo en las creaciones del genio que en los conceptos de la razón y en la luz de la conciencia, brilla puro el sentimiento, que lleva lo bello á la forma, lo sublime á la idea, el amor al afecto, el placer al dolor, lo inmaterial al universo, lo infinito á nuestra mente y lo divino á lo humano.

Desde este instante empieza la lucha para vencer á la Naturaleza en sus leyes, y en esa lucha, gigante por los medios que se emplean y hermosa por sus elevados fines, empieza el más formidable de todos los combates en que la humanidad se empeñara: el combate entre la autoridad y la libertad; la inmovilidad y el movimiento, el pasado con el tesoro de sus verdades, y el porvenir con el tesoro de sus esperanzas, para decidir la índole que hayan de tener las nuevas intuiciones del pensamiento.

#### IV

En los comienzos del periodo científico las leyes de la Naturaleza se investigan con el noble y sincero fin de satisfacer una ansiedad del alma, y sin propósito de afirmar negaciones transcendentales. Se pretendía conocer los objetos naturales, comprenderlos, averiguar las circunstancias que los determinan, la razón de su existencia, y hasta los vínculos de causalidad entre los seres, pero sin la aspiración de fijar sentido filosófico en nuevo sistema del universo.

La ciencia, pues, se formaba sin que sus maestros y propagadores dieran preferente lugar á las teorías y suposiciones

que causasen asombro y fascinasen los ánimos; se reunían hechos, se buscaba la relación de los fenómenos, pero sin llegar, con vana pretensión, á conclusiones especulativas.

Todos aquellos trabajos tenían por único objeto la satisfacción de servir á la verdad; y al perfeccionar el hombre los métodos para calcular; al encontrar la ley de equilibrio en los líquidos; al pesar el aire y aprovechar el vacío; al medir las fuerzas y apreciar su intensidad y dirección; al pasear la inteligencia por el espacio á través del telescopio y contar las estrellas y presentir la trabazón del firmamento, solo obedece al impulso de penetrar, con placer inmenso, en el conocimiento de lo que hasta entónces había contemplado en su bello conjunto.

Pero á medida que la ciencia atesoraba verdades, y comprobaba hipótesis, y abandonaba añejas preocupaciones para desligar el espíritu de invariables fórmulas, y se fijaba el paraje de los cuerpos celestes, preparando los descubrimientos que después fueron el asombro de los pueblos, tenía que aparecer nueva concepción científica ó filosófica del mundo, que conmoviese el orden moral, afectando la unidad del pensamiento y el estado de la sociedad, y como inevitable consecuencia, repetida en todos los períodos de transición, se acercaba un instante de gran crisis para la humanidad.

Los momentos eran supremos y los sucesos se habían de desenvolver en el rumbo que señalase la causa perturbadora de aquella normalidad que parecía inalterable.

Si las crisis del pensamiento no fueran, como son, crisis de toda actividad, y, por lo tanto, no abarcasen todas nuestras facultades y todos nuestros atributos, no alcanzaría tanta extensión su desolador efecto. Mas entonces, como ahora y como siempre, á las grandes crisis del alma sigue completa re-

novación en todos los órdenes; desde la expresión de lo bello á la concepción filosófica; desde la organización elemental de los pueblos á la relación entre las razas; desde la comunidad de las ideas á la comunidad de los intereses, y cuando eso sucede, unas veces para ventura y no pocas para desdicha de los hombres, se rompe la disciplina en los espíritus y triunfan los intereses egoistas, sobre todo, cuando no surge un genio superior que encauce la desbordada corriente y sujete la vanidad y la soberbia.

La creencia antigua significaba que la tierra con sus montañas y sus valles, con sus aguas y sus flores y con todas sus riquezas, había sido creada para encanto del hombre; que los astros eran para recrear su vista, el sol para enviarnos la luz, y la luna para presidir la noche, constituyendo todo insondable misterio, en cuyo arcano jamás penetraría el humano saber, por grande que fuera su audacia, y extraordinario su vuelo, compadeciéndose bien la aspiración de aquellas edades con este modo de pensar y este modo de sentir.

Adelantan las investigaciones científicas, y al descifrar la razón de tantos fenómenos, y conocer la grandeza de la creación y acercarse, por este conocimiento, al infinito del tiempo, al infinito del espacio y al infinito del universo, siente el hombre renovada la esencia de su ser y agrandada su personalidad. Momento supremo, repetimos, porque con la exaltación de la inteligencia ó las vibraciones del sentimiento, puede provocarse pavoroso conflicto entre la autoridad, simbolizada en el pasado, y la libertad, reflejada en la aurora de las nuevas ideas.

Los datos y conocimientos recogidos y acumulados en esa primera fase del período científico, no tenían, afortunadamente, otra aplicación que la de satisfacer inmediatas necesi-

dades del pensamiento, sin que en los fenómenos explicados ni en las leyes descubiertas, ni en los experimentos comprobados, percibiese más que grandeza y armonía, que infundían en el alma admiración, abillantada por la fé, hácia el ser creador de tanto portento.

¡Qué hermoso espectáculo ofrecían, unidas en estrecho lazo para completarse, la ciencia y la fé!

Mas los intereses, todo género de egoismos y todo linaje de soberbias y vanidades, minaban el asiento de aquella armonía, y, al fin, el conflicto surgió, no tanto en la lucha de las ideas, aún no empeñada, como en el de las pasiones, conflicto que arranca en una afirmación, en el « *Y sin embargo se mueve* » de Galileo, y llega al caos de todos los pesimismos de esta espirante centuria.

Desde aquel instante queda proclamada la independencia de la razón y abandonado en incierto derrotero el sentimiento, para convertir al hombre en un ser muy inteligente y muy sabio, dueño y señor de la materia, soberano de ella, como si no tuviera otra misión que la de conocer las leyes de la naturaleza, sin más virtudes que la de acatar esas leyes, y sin otro culto que el culto intelectual de cumplirlas, dando así origen al mayor de los excepticismos que enervaron la acción sentimental del humano ser.

La ciencia progresa, avanza con paso de gigante, arroja luz, mucha luz, sobre el mundo exterior; pero, á la vez, proyecta horribles sombras en el fondo de nuestra alma.

Al génesis mosáico opone el génesis científico.

A la filosofía escolástica, la filosofía naturalista.

Al criterio filosófico, el criterio científico.

Al creyente, el sabio.

Al criterio de la autoridad, el criterio de la libertad.

El materialismo, frente al espiritualismo, y la razón humana, débil y falible, á la razón divina y suprema.

En este camino, borde de tantos abismos, el hombre se considera de tal suerte enaltecido por la ciencia, producto de la elaboración de su cerebro, que desconoce toda superioridad; y en sus lucubraciones, seco el corazón y agrandada la cabeza, llega, como en los primitivos tiempos, aunque por el predominio entonces del sentimiento y ahora de la inteligencia, á los delirios más portentosos.

De la realidad física de la materia, deduce el materialismo; de la unidad y solidaridad de la creación, el pantéismo; de la eterna inflexibilidad de las leyes naturales, el fatalismo, y del libre albedrío, la soberanía de su voluntad.

Con este desorden de ideas nos hallamos en el presente siglo, verdadero mónstruo que, en su desarrollo, en su vertiginosa evolución, altera todas las determinaciones del alma, desde las funciones de la inteligencia á los resplandores del sentimiento.

Y no sólo ocasiona ese efecto en la actualidad, sino que le prepara en el porvenir, dislocando la unidad interior de nuestro sér, la armonía de nuestras facultades, y, allá vá, desbordado y vacilante, el humano espíritu, sin ideales fijos y sin más norte ni otro guía en sus descubrimientos, verdaderamente sorprendentes y realmente transcendentales, que una filosofía en luctuosa obscuridad, y una ciencia en constante mutación; con una psicología que tiende á confundirse con la fisiología, como si partieran del mismo punto y tuvieran análogo fin, para explicar, por una sola concepción teórica, la florescencia de las plantas, la sensibilidad de los animales y la inteligencia del hombre.

Con una fisiología que intenta modificar la idea de la

vida, para negar la fuerza orgánica y fundirse con la física y con la química, por no admitir en los fenómenos vitales otra dirección ni otra influencia que las explicadas por esas ramas del saber, tanto en la cristalización de los minerales como en el desarrollo y crecimiento de los seres vivos, lo mismo en las acciones osmósicas de la sávia y de la sangre que en los movimientos reflejos y fenómenos periféricos de las sensaciones. Con una física, y una química, y una fisiología que, reduciendo á movimiento las causas de todos los cambios que en los cuerpos se producen, presentan como idénticos en su origen los fenómenos astronómicos, los físicos, los químicos, los fisiológicos y los psicológicos, para proclamar á la Mecánica ciencia universal y única, encargada de explicar todo lo concerniente á los átomos y á las moléculas, á los astros y á la vida, á la célula y á la conciencia, y fundar de esta manera la nueva filosofía natural que, según sus apóstoles, ha de dar realidad al principio de todos los principios, á la verdad de todas las verdades, al ideal de todos los ideales.

Materia (1) con capacidad ó potencia para producir trabajo, llamada por Tomás Yung, *energía*, como poco antes se la llamara *fuerza*; materia en movimiento es al presente el origen de todos los cambios que experimentan los cuerpos del universo, lo mismo los esferóides que pueblan el espacio, que los minerales que forman nuestro planeta, tanto los tejidos de las plantas, como los órganos de los animales (2), y materia en movimiento es la que produce la sensibilidad y la razón del hombre (3).

---

(1) No obstante lo que se ha escrito acerca de la materia, la nueva ciencia solo dice de ella que es una realidad física, cuyo origen desconocemos y cuya naturaleza no podemos explicar.

(2) Conferencias populares de Tindall en Dundée.

(3) Conferencias de Hæckel en la Universidad de Jena.

Nos encontramos, pues, merced á este modo de ver, extendido y popularizado con asombrosa rapidez, en análoga perplejidad en que se encontró el pueblo asiático.

Si todo proviene de la materia en movimiento, y no se excluye nada de lo que nos sea propio, ni siquiera las funciones del espíritu en sus ideas más grandes, en sus conceptos más puros, en sus creaciones más sublimes; si no se excluye ni la inspiración del artista, ni el raciocinio del sabio ni la fé del creyente; si de nuevo se considera el alma humana desvanecida en el seno de la materia; si al panteismo creado por la percepción de los sentidos ha reemplazado el panteismo concebido por la inteligencia, será preciso, ahora como en aquellos remotos días, que, para distinguir lo infinito de lo finito, el Eterno de su obra, aparezca otro Sinaí, para que el sentimiento tome nueva dirección, y el pueblo moderno no acabe de perder el sentido moral, preciosa conquista de los siglos por la virtud del cristianismo, en medio de los atractivos y el resplandor de tantas y tan sorprendentes revelaciones de la ciencia, en el laberinto de tantas y tan contradictorias escuelas filosóficas, y en medio de la mágica influencia del humano trabajo que, manejando ó modificando la acción de los agentes de la Naturaleza, nos impulsa á identificarnos con ella, á que penetremos en su esencia, para sorprender al cielo los secretos de la luz, á los átomos su energía y al éter sus vibraciones caloríficas, sus sacudidas eléctricas y sus convulsiones nerviosas.

La concepción mecánica del mundo, que solo admite la *energía* de la materia, produciendo trabajo ó dispuesta á producirlo, para dar origen á todos los seres y á todas las formas, desde el movimiento inicial á la circulación de la vida, tiende á fundar una ciencia que, abarcando lo abstracto y lo

real, lo vulgar y lo sublime, se infiltre en todas las ramas del saber y en todas las actividades de la humanidad; ciencia abstracta y sublime hasta tocar en el infinito con sus deducciones, real y sencilla hasta impresionar los sentidos en su aplicación.

No es, pues, la ciencia mística que se guarda en el templo, es la ciencia vulgar que, formándose en el gabinete del sabio, en el laboratorio del químico ó en el observatorio del físico, y acumulando allí hechos y teorías, forma un cuerpo de doctrina con dos aspectos: el especulativo, que propende á sistematizarse en nueva filosofía, y el práctico, que lleva al taller completa revolución en los procedimientos del trabajo, porque enseña al obrero á desenvolver las fuerzas naturales, á desenvolver las energías del Sol, escondidas en el pedazo de carbón, y enviarlas, por los nervios de complicada maquinaria, para mover todo género de artefactos y transformar toda clase de productos; es la ciencia que ha llevado al trabajo tan potentes elementos de elaboración, que, con ellos, el audaz obrero, en cuyo corazón se halle extinguido el sentimiento de ternura y de bondad que en días no lejanos palpitaba en la cultura general, se crece, y se ofusca, y se envanece, al observar cómo de sus manipulaciones resultan tantos prodigios industriales; cómo en sus manos se multiplican las fuerzas y se extiende el movimiento; cómo la materia obedece á las combinaciones y produce grandes energías, ya en la expansibilidad de los gases, ya en la presión de los líquidos ó en la cohesión de los sólidos; cómo de sus manos salen aparatos que producen la luz, y guardan la palabra, y transmiten el pensamiento; y en tal estado, desprovisto de la preparación necesaria para admirar de dónde surge tanto portento, se entrega á los más desoladores pesimismo; es la ciencia que escalando el

cielo y perforando la tierra, y cambiando la producción estética y la expresión literaria, borra del saber antiguo la seductora sencillez que tantas delicias lleva al corazón y tantas dulzuras al alma.

El análisis espectral, revelando la misteriosa existencia de los astros, señalando la composición de las nebulosas (1) del núcleo y cabellera de los planetas, con su envolvente de gases, agitada por vertiginosos huracanes (2); penetrando en el centro incandescente y en la atmósfera brillante de las estrellas, y llegando á la fotosfera del sol (3), arrebató al alma los torrentes de inspiración que en otras edades bajaban de las irisaciones del cielo.

En estos trabajos sorprendentes de la ciencia moderna, el arte y la poesía, elementos de la educación popular, encuentran explicados por difíciles experimentos químicos, por leyes físicas ó cálculos matemáticos, lo que antes constituía en el mundo material el objeto predilecto de su inspiración, y encuentran desvanecido ó separado del sentimiento uno de sus más sublimes ideales: el ideal de comunicar, por mágica intuición, lo finito con lo infinito, lo que se juzgaba inaccesible para la humana inteligencia: el ideal de esmaltar la creación con cambiantes de belleza y hermosura.

---

(1) Huggius afirma que en las no resorvibles en estrellas se caracterizan el nitrógeno y el hidrógeno en estado incandescente.

(2) De los estudios del sabio jesuita P. Sechi, se deduce que los planetas Venus, Marte, Júpiter y Saturno, se encuentran envueltos en atmósfera análoga á la que rodea á la tierra.

(3) Según las indagaciones espectrales del señor Cornu, las substancias más esparcidas por la superficie del sol, son el hierro, el níquel y el magnesio; y como estos son precisamente los principales elementos de los meteoritos que circulan por las inmediaciones de la tierra, y de las rocas pesadas que, al parecer, predominan en las profundidades del globo, confírmase la unidad de origen de todos los astros; y la formación determinada por intenso calor de los meteoritos, es prueba del origen ígneo de los cuerpos cósmicos, siendo, por lo tanto, la tierra, como sospechó Descartes, un astro apagado.

La luz de las estrellas no es ya la luz que solo comprendía el poeta; es el fuego del hidrógeno, que funde un hierro igual al hierro que circula por nuestras venas y comunica color á nuestro cuerpo, y se lo comunica á las plantas al purificar el aire que respiramos; es el hierro vulgar de nuestro planeta, de igual especie que el manipulado por el hombre para formar las grandezas de la industria y dar estabilidad á las más soberbias construcciones; es el hierro que arde en los hornos de nuestros talleres, y flota en los mónstruos que surcan los mares, y se oxida en los cordones que rodean nuestro globo, para que por ellos rueden los emblemas de la moderna civilización (1).

La noche mística de los poetas no es la noche de la ciencia. El telescopio alcanza al espacio, el cálculo matemático despoja á la inspiración de sus más bellas imágenes, y la atracción newtoniana explica cómo nuestro planeta se arrastra por el cielo describiendo inmensas parábolas, seguido de la luna y sujeto al sol, que le envía en sus rayos vida y movimiento, colores y alegrías, oxígeno para nuestros pulmones y salud para nuestro cuerpo.

La aparición de la vida (2) en el globo no se debe, para las eminencias científicas que pretenden iluminar el saber de

---

(1) El P. Sechi afirma que en las estrellas más brillantes hay indicios de sodio y de magnesio; la X de la constelación Orión contiene sodio, calcio, magnesio, hierro, bismuto; en Aldebarán se nota hidrógeno, sodio, magnesio, hierro, antimonio, bismuto, mercurio y aun teluro.

M. Janssen afirma que en la atmósfera del sol y muchas estrellas rojas ó amarillas abunda el vapor de agua.

Kirchoff y el P. Sechi han encontrado en el sol hierro, calcio, sodio, magnesio, bromo, níquel, manganeso, hidrógeno é indicios de bario, cobre, zinc, cobalto, cadmio y estroncio, demostrándose así la identidad de la materia que constituye el universo.

Asimismo los trabajos analítico-espectrales de Huggins, Miller y Jansen demuestran que la luna se halla privada de gases en derredor de su superficie.

(2) Obsérvese que todos hablan de la vida, distinguiéndola por sus efectos, mas no porque se haya comprendido lo que es en su naturaleza, en su esencia.

estas edades, al acto bondadoso que tuviera lugar con todos los atractivos de la infinita sencillez; se debe á la llegada del bólido, mensajero de viejo planeta que, atravesando los espacios siderales, dejó en la tierra (1), muda, triste, sin matices y sin aromas, el germen de la multiplicidad de formas que se adaptan á las condiciones del aire, del agua y de los propios cuerpos vivos. Se debe (2) á la acción del oxígeno sobre el protoplasma, que por sí solo forma el reino caótico de Bory de Saint Vincent ó el de los protistas de Hæckel, y del cual surge la primera célula, que absorbe, asimila y elimina, representando el esquema de la vida más completa, porque de esa célula nacen otras, y otras, y todas las que, yustapuestas y asociadas, trabajan unidas para diferenciarse y constituir la variedad interminable de los órganos, y la variedad sin límites de los seres dotados de esa fecunda cualidad que no comprendemos aún, de la vida.

Se debe (3) á la unidad originaria de la materia y á sus transformaciones sucesivas. Las moléculas se encontraban solicitadas por sus combinaciones mecánicas ó químicas, y en un momento dado, cuando el suelo, envuelto por la atmósfera, humedecido por la lluvia y calentado por el sol, estaba en disposición de conservar la vida, se unen entre sí, como en nuestras retortas se asocian para formar la urea, el alcohol, los ácidos acético y fórmico y algunos principios albuminóideos; y á través de los siglos, y con el factor del tiempo, invocado á cada instante, sin que tengamos de él clara idea, se elabora el protoplasma, y la célula, y los organismos sin órganos, y des-

---

(1) El profesor Richter, de Dresde, es el primero que ha emitido la hipótesis de que la vida existió siempre en el universo, pasando de planeta á planeta por gérmenes microscópicos.

(2) Dr. Bordier. *Rev. mensuelle de l'École d'Anthropologie*; Mayo de 1891.

(3) Hæckel.

pués, por sucesivas transformaciones, los grandes mamíferos, y el grupo antropomorfo, y el hombre mismo (1).

Se debe al encuentro fortuito de los átomos, como quieren los *mecanistas* (2) que no admiten otra realidad que los átomos materiales en movimiento, atribuyendo todos los cambios, todas las modificaciones de las cosas, á las combinaciones múltiples, casuales y necesarias de los movimientos materiales eternos.

La vida, la sensibilidad, y la voluntad, aun en la forma en que la concibe *Arturo Schopenhauer* (3), son producto del encuentro casual de los átomos; y los seres de organización más complicada y de cerebro más fecundo, son como aparatos mecánicos, dentro de los cuales ni se esconde la vida con sus misterios ni se aloja el alma con sus atributos.

El microscopio descubre la célula que alberga el huevo; se halla, con el auxilio de ese precioso aparato, semejanza entre la célula embrionaria de los animales y la de las plantas, confúndense en uno solo, allá en sus comienzos, los dos reinos, vegetales y animales, y se crea el intermedio, donde no se distinga la naturaleza vegetal de la animal, y todas las funciones de la vida se hallan en estado caótico, de incomprensible confusión; pero con la energía del movimiento y el germen de las

---

(1) Tindall, nada sospechoso para la escuela radical, rechaza esta teoría, por no admitir que, por la sola fuerza de acciones físico-químicas, tales como el oxígeno ó el hidrógeno, ó el azoe ó el carbono, se puedan formar organismos, ni aun los más simples.

El mismo Hæckel, ante la demostración experimental de que toda manifestación de vida, aun la más inferior, no puede existir sin germen preexistente, rectifica para declarar que, en ese caso, habrá que admitir la generación espontánea ó la idea del milagro de una creación. *La creación natural*.

(2) L. Büchner, Du Bois-Reymond y Meleschott y otros.

(3) Forma de psiquismo ideada por este filósofo; se expresa en estos términos: «El mundo, dice Schopenhauer, no es más que mi propia representación objetiva. Yo, el sujeto, no soy sino por medio de la voluntad, y no soy más que voluntad.»

formas; estudia Wallace (1) la evolución embriológica, y halla semejanza entre todos los seres, y señala en la vida embrionaria los escalones que ha recorrido la especie antes de llegar á su forma definitiva, suprimiendo así las diferencias de origen.

Y antes que esta doctrina, expónese el transformismo concebido por Lamark, que continúa Darwin, suponiendo que todas las formas de animales y de plantas han salido de reducido número, ó que unos y otras proceden de un solo prototipo (2), para admitir la modificación bajo el imperio, circunstancias y energías con que cada individuo ó raza lucha en el combate de la existencia.

De esta série interminable de hipótesis y de teorías, de este cúmulo inmenso de probabilidades sin pruebas, rechazadas unas, rectificadas todas, queda siempre un concepto, una frase, la más culminante, la que mejor expresa el orgullo del hombre, rebelado constantemente contra toda idea de superioridad á su condición: ese concepto, desprovisto de todas las dudas en que se engendró, frío como fruto de la razón, es lanzado á la multitud, y entre ella se extiende, y se agranda, y penetra en nuestra naturaleza para formar parte de nuestras creencias, herir el alma en su elemento sentimental y borrar los atractivos de nuestro enigmático origen.

---

(1) Ninetenth century.

(2) Háse hecho tanta luz, después de exponer Darwin su portentosa teoría, que uno de sus discípulos, el más favorito de todos, Romanes, confiesa que la supervivencia de los individuos mejor dotados no basta para explicar los variadísimos fenómenos de las especies. «No existe hoy, dice, un sólo observador formal que pretenda que la supervivencia de los más aptos sirva para explicar la formación de las especies.»

## V

Al señalar, como es nuestro intento, la acción del desarrollo científico en el elemento sentimental, no podemos prescindir de estimar el efecto que en la misma facultad haya producido y produzca el estudio filosófico, porque los dos medios de conocer, el de la ciencia y el de la filosofía, se hallan comprendidos en la evolución del pensamiento: unidos se desarrollaron hasta poco tiempo há, y unidos tienen que marchar nuevamente, si hemos de evitar que se prolonguen las funestas consecuencias de su separación.

Por otra parte, forzoso nos es llegar al campo de la filosofía, siquiera entremos en él careciendo de orientación fija, como viajero en país desconocido, á fin de interrogar á las principales escuelas acerca del remedio que se ha de aplicar para fortalecer en nuestra personalidad ese elemento, que, al debilitarse, produce el desequilibrio que anula los afectos más íntimos, y oscurece las verdades más clarividentes.

Nos hallamos en la plenitud del periodo científico, y en él, como en todos, se impone la necesidad de aproximarnos al conocimiento de la naturaleza, como si ese conocimiento comprendiese y abrazase los demás, y fuera suficiente para explicarnos desde las primeras causas á los efectos más elementales, desde los primeros principios á la más ténue relación entre los seres.

Para satisfacer esa necesidad, no basta el método científico, porque la suprema aspiración, hasta ahora no satisfecha, tiende á poseer idea del conjunto, y eso no se puede lo-

grar sin emplear medios metafísicos en combinación con los elementos acumulados en el orden físico.

Reconozcamos y declaremos, pues, que la filosofía y la ciencia son partícipes en la verdad.

En el estudio de la naturaleza, la filosofía ha precedido á la ciencia; diversos sistemas filosóficos tienen establecidas teorías del universo, comprendiendo doctrinas que se presentan como nuevas en nuestra época (1); pero no podemos encontrar en esos sistemas el camino para satisfacer aquel deseo, porque en ellos se desconoce el método empírico de las ciencias naturales, como se desconoce el opuesto, el de la metafísica pura, y en ellos se mezcla la cosmología con la indagación metafísica, para investigar dentro de la esfera de lo existente, hasta que, determinada, por su propio crecimiento, la índole de la metafísica, dióse á la cosmología el nombre de filosofía natural, para establecer después la separación entre la filosofía y la ciencia, separación que tanta parte lleva en los desastres que ahora se lamentan.

Mas por sí sólo esta separación no hubiera sido causa principal del efecto que señalamos, siempre que ambas continuasen ceñidas á su fin propio; pero lejos de eso, la filosofía toma nueva dirección, y nuevo camino la ciencia, y, por lo tanto, adquiere fase nueva el pensamiento, en cuyo desarrollo hallamos las causas determinantes del desorden actual. Como resultado de esa separación, se verifica profunda renovación intelectual, preparada en el empirismo de Locke, en el idealismo de Descartes y en el excepticismo de Hume, para comenzar en el sistema de Kant, del cual derivan las audacias espe-

---

(1) Aristóteles, en su *Physicæ Auscultationes*, indica hasta cierto punto la doctrina de Darwin y también Kaut, en el siglo pasado, esquivó alguna línea de las teorías modernas sobre el origen de los organismos.

culativas de los sistemas posteriores, que pretenden romper el dogmatismo filosófico del pasado, sin apreciar lo que corresponde al sentimiento en el saber.

Desde aquel momento, la investigación especulativa y la inquisición científica siguen diverso derrotero, y por falta de concierto, producen el presente caos, en el cual, la inteligencia por su exclusiva iniciativa no puede intentar ninguna construcción filosófica, ni el espíritu encontrar satisfechos sus anhelos en las grandes construcciones científicas, que si asombran por su belleza y su osadía en los detalles, resultan deformes y raquíticas en el conjunto. Y sucede esto, porque en los estudios filosóficos y en los científicos, háse abandonado la educación del sentimiento, estableciéndose el reinado de la inteligencia, que, delirante, pretende llegar á una organización definitiva, sin otro régimen que el de las ideas, y sin más asiento que el de la cultura científica.

En esa trayectoria del pensamiento, en esa continua indagación de la causa y origen de las cosas desde los nuevos puntos de vista, preciso es reconocer y declarar que se han afectado los elementos que constituyen nuestra naturaleza interna, por haber desaparecido, en el moderno idealismo filosófico, el fondo permanente de todas las especulaciones, y hallarse el sentimiento entregado á sus propios impulsos, como sucede en las comprobaciones científicas.

El primer efecto de esa teoría del conocimiento, es producir marcado desequilibrio en nuestras facultades, por el incremento de unas y el abatimiento de otras; desequilibrio que produce nuevo sentido de la moral, por subordinar los sentimientos al concepto intelectual, creyendo los partidarios de esta escuela que, de tal suerte, se establece la relación común á la humanidad, sin observar que esa relación existe en la solidari-

dad de los atributos del espíritu, faltando solo dirigirles en la más perfecta concordia, para que la acción sentimental reciba la cultura conveniente á su participación en los problemas de la vida.

Rota y deshecha la unidad interior, por el predominio del elemento intelectual, el pensamiento se vé agitado por saber uniforme unas veces, y contradictorio otras; por creencias firmes ó vacilantes, que ahora llevan el fuego de la fé, ahora la nieve de la duda, y siempre el gérmen que perturba á la sociedad.

Exaltada la personalidad humana y proclamada la libertad del espíritu, el hombre considera que su única misión es agrandar el saber, y se vuelve contra toda tradición de las ideas fundamentales, para ofrecer amplio horizonte á las más atrevidas especulaciones.

Admite la doctrina de que para explicar cuanto le circuye, y cuanto le es propio, basta el concurso de la razón, y acomete la tarea de constituir la ciencia, reconcentrando en el entendimiento todas las energías de nuestro ser, para formular, en nombre de la moderna civilización, nuevas teorías de la humanidad, en las cuales el sentimiento no encuentra lenguaje para su expresión, poesía para los afectos, ni amor para las creencias (1).

Proclamada la soberanía de la razón, el pensamiento se aparta del orden sobrenatural, y, privado de las grandes emociones, produce el pesimismo que, con su inmensa melancolía, entristece la vida en nuestra época.

El reinado de esa filosofía fué tan breve como accidentado, porque las ciencias naturales, con la pujanza de sus de-

---

(1) El estilo dificultoso de Kant mereció de Schiller el calificativo de «estilo de Cancillería filosófica.»

terminaciones, invadieron las esferas del saber, y aunque los hombres más eminentes consagrados á este estudio no se propusieran apoderarse del campo de la filosofía, por reconocer que las primeras causas no pueden ser sometidas á la prueba experimental, el descubrimiento de las inmediatas en el orden físico aisló de tal suerte la filosofía racionalista, que, tan ciega en sus pretensiones, como arrogante en sus exclusivismos, sucumbió, víctima de la libertad por ella misma proclamada, en las soledades en que se extinguen y se apagan las ideas que no despiertan ni avivan ni mueven á ternura el sentimiento.

Frente á todos los sistemas de filosofía especulativa se levanta el empirismo científico, con la pretensión de arrancar á las escuelas su viejo manto de púrpura, y señalar la antítesis entre la especulación y la ciencia, reclamando para ésta el campo y dominio del pensamiento, por entender que ella es la única que puede emplear, y emplea, el método inductivo para la determinación de la verdad, y que esta consiste en el conocimiento de las leyes naturales.

Plantado así el problema, el empirismo científico traza su plan de guerra y conquista, niega los axiomas filosóficos, y, para afirmar la necesidad de concretar el estudio á la investigación de las causas próximas; pide la reforma de la filosofía y de la lógica, á fin de amoldarlas á las exigencias del nuevo saber, y reputa como innecesaria la metafísica, por referirse á lo que se halla fuera del alcance de nuestro conocimiento.

Pero ¡ah! el empirismo, así comprendido, desconoce que en las ciencias naturales hay dos grados de desenvolvimiento, uno de los cuales exige el concurso de la filosofía para preparar y enlazar los materiales que la realidad suministra y descifrar los secretos de la Naturaleza; desconoce que esos dos grados se refieren por igual á lo concreto y á lo abstracto,

lo concreto para hacer observaciones con acierto, practicar experimentos y analizar datos; y lo abstracto para ordenar, combinar y comparar resultados, fijar las leyes en los fenómenos, y, sobre las conclusiones halladas, establecer los principios generales y fundamentales (1).

Este modo de pensar produce notorio extravío, porque al concretar la investigación á las causas inmediatas, se cierran los horizontes á las demás aptitudes del espíritu, y, por lo tanto, á la facultad superior, que, como dice Balmes, brilla y se vé lucir en los objetos del sentimiento, para dar solo amplitud á la razón, fría y egoísta, extraña á los grandes afectos, ajena á las grandes emociones é incapaz de impulsar nuestra existencia hácia los infinitos consuelos que vislumbra nuestra alma.

De este breve y somero examen y de esta incompleta síntesis, resulta que, por la dirección dada á las ideas, y los sueños de la filosofía pura y las limitaciones de la llamada experimental, háse deshecho la relación de nuestras facultades internas, obstruyendo los manantiales de bondad para el senti-

---

(1) Naturalistas eminentes señalan en las adquisiciones científicas la parte del pensamiento que por lo abstracto llega al conocimiento de lo concreto, esto es, de la realidad sensible.

Los cuerpos, dice M. E. Chevreul, solo nos son conocidos por sus propiedades, cualidades, atributos y relaciones recíprocas, ó en otros términos, por abstracciones, puesto que tales propiedades, cualidades, atributos y relaciones son, en definitiva, las partes aisladas por el pensamiento de un conjunto ó de un todo.

Huxley en su obra *Lay Sermons et*, aboga por el idealismo en las ciencias positivas, expresándose en estos términos: «La reconciliación de las ciencias naturales con la metafísica estriba en que ambas reconozcan sus faltas; en que aquellas confiesen que todos los fenómenos naturales, en su último análisis, nos son conocidos únicamente como hechos metafísicos, y en que la segunda admita que estos solo pueden ser interpretados de un modo práctico por los métodos y fórmulas de las ciencias naturales.»

El famoso Tyndall, en un discurso sobre el uso científico y límites de la imaginación, reconoce y declara el gran auxilio que la metafísica presta á las ciencias positivas y sería larga la lista de físicos y naturalistas que confirman la gran importancia de la filosofía en las indagaciones de las ciencias.

miento, por creer que así se facilitaba el concepto científico, que lleva á la sociedad inmensa sabiduría, pero que convierte al hombre en un ser con demasiado fuego en el cerebro y mucho hielo en el corazón.

Si en la aurora de estos ideales científicos, que tan honda agitación habían de llevar al seno de la sociedad, y al mismo tiempo que al desarrollo de la inteligencia, hubiérase atendido á la educación del sentimiento, que nos aproxima á mundo más superior que el sensible; si el moderno saber científico hubiérase limitado á la determinación de las leyes físicas, sin pretender aplicar la experimentación á fenómenos de procedencia ignorada (1), enmarañándose en una especulación más temeraria que la rechazada y combatida por ella misma en los distintos sistemas filosóficos, para llegar á un idealismo que traspasa la esfera de la observación (2), habríamos evitado las desgraciadas consecuencias que ahora nos atormentan, ó encontraríamos mejores condiciones para remediarlas con la urgencia que es necesaria, porque entonces podríamos conducir el sentimiento por la senda de las grandes virtudes y de las más halagüeñas esperanzas.

Lejos de eso, el pensamiento de nuestro siglo ha encontrado en las ciencias naturales abundante arsenal de principios para construir, con más ó menos certeza, el mundo exterior, reduciendo el interior á la expresión intelectual, con merma

---

(1) Hæckel, en su teoría de la evolución, considera la Psicología como ciencia natural del dominio de la investigación fisiológica.

(2) La sed de saber no se satisface con los tesoros de la observación, y de ahí que muchos sabios, que se propusieron matar la metafísica en las indagaciones científicas, vuelvan implícitamente á ella al aplicar el método filosófico en la formación del concepto general, y Bethelot, en su trabajo *La Science positive et la Science idéale*, declara que la química, en su incremento extraordinario, realiza, bajo una forma concreta, la mayor parte de las fórmulas de la antigua metafísica.

y perversión del sentimiento, de donde mana, bien dirigido, la bondad que perfecciona y esmalta nuestra existencia.

El materialismo de la ciencia natural moderna, tan audaz, en su concepto, como el idealismo filosófico, reduce á relación constante de fuerza y materia los fenómenos todos, y para sostener su teoría, revestirla de aspecto científico y lanzarla después al corazón de la sociedad, comienzan por suponer el alma humana producto de una elaboración específica de la materia, y sin más funciones que las intelectuales, extendidas, á la vez, en todos los seres, en el infusorio, en lo más inferior ó elemental aún, algo así como la molécula, menos que la molécula, algo así como el átomo, menos que el átomo, porque todo tiene en el mundo movimiento, y todo se forma de materia y fuerza; facultad intelectual que marca la gradación de los seres, y por su naturaleza resulta dependiente de la estructura químico-histológica en sus relaciones con el mundo.

Así es que para esta escuela, que, si nació muerta en la Academia, se ha difundido en el pueblo y conquistado partidarios, la naturaleza íntima del hombre es tan sencilla en su esencia como la del pólipo, sin otras diferencias que las de desarrollo, de crecimiento, receptiva solo de ideas con realidad, sin aptitud para producir los sentimientos de lo bueno, de lo justo y del amor, que son como irisaciones de la luz interior, que embellecen y abrillantan las ideas, á la manera que la luz exterior esmalta el firmamento; así resulta que, para esta doctrina, el alma humana es metamórfosis, elaboración de la materia en sus relaciones con el mundo, del cual el hombre recibe exclusivamente la existencia individual, sin propios impulsos, sin inspiraciones propias, sin atesorar otras ideas que aquellas que penetran por los sentidos ó se forman por la educación y la experiencia, ó por mudable convencionalismo

entre los hombres; así resultan, para los sectarios de esta escuela, que son muchos y muy infatigables propagandistas de sus doctrinas, producto de la educación y de la experiencia las ideas metafísicas que despiertan la santidad del mártir, la abnegación del héroe y el amor de la madre; producto de la educación y de la experiencia las ideas estéticas que centellean en la paleta de Miguel Angel, ó en el cincel de Fidias ó en las notas musicales de Bethowen; producto de la educación y de la experiencia, adquirida en los pueblos panteistas de oriente, las ideas de moral expresadas en el grandioso Decálogo del pueblo hebreo, é ideas adquiridas por la experiencia serán, también, para esa escuela, otras tantas manifestaciones de las sublimes cualidades del humano ser, que, sin concepciones intelectuales bien determinadas, percibe el movimiento de nuestro globo, y la atracción de los astros, y dá vida y encanto á la naturaleza, apreciando toda la riqueza de formas, de matices y de esencias, y estremeciéndose por la alegría del alma ó los latidos del corazón, cuando desde elevada montaña contempla á la par los habitantes de nuestro planeta y los soles del firmamento, el seno de la tierra y los hemisferios del cielo, abajo las familias botánicas y las especies animales, y arriba las estrellas y las constelaciones del espacio.

¡Ah! ¡Qué amargura arrojan estas reflexiones sobre el sentimiento! ¡Qué triste resulta la existencia con este modo de pensar!

A las ciencias naturales somos, en verdad, deudores de pasmosos descubrimientos en el mundo físico; pero en manera alguna puede afirmarse, con fundamento, que nos hayan hecho revelaciones de carácter psicológico, ni que sean suficientes á responder á todas las aspiraciones del corazón. Y, sin embargo, al lado de la concepción intelectual del mundo

físico, figura, como correlativa, la del moral; y á la vez que por experimentación se determina la realidad física de la materia, se pretende haber determinado la realidad de las facultades del alma, para despojarlas de sus principales encantos y de sus más preciosas cualidades, ante la dificultad de comprender esos encantos y esas cualidades, ténues destellos de la soberana bondad, en el análisis de los cuerpos ó en la lógica de las ideas.

En esta obra demoledora, hecha en nombre de doctrinas que arrebatan por la utilidad de sus aplicaciones, fascinan con sus atractivos, y seducen y enajenan con la grandeza de sus progresos, la potencia de nuestro espíritu que más deterioro sufre, es aquella que recoge los ecos del Sinaí y los suspiros del Gólgota, y esconde, entre efluvios de infinito amor, realidad para la belleza y bondad para las humanas acciones.

Combatido por modo tan poderoso y anulado el elemento sentimental en las determinaciones de la nueva ciencia, quedan sólo las percepciones intelectuales, aspirando el empirismo á separar la moral de los estudios fundamentales, por considerarla consecuencia y resultado de la educación progresiva del hombre.

En esta apreciación absurda, en la cual incurren también otras escuelas y otros pensadores de muy diferentes tendencias, y ya ¿por qué ocultarlo? gran parte de la masa social, por no haberse deslindado ni distinguido bien lo que es propio de la moral y del sentimiento, tienen origen los más transcendentales errores de nuestra época; y esa apreciación encuentra fundamento en la idea que de sí mismo se forma el hombre, que, guiado por la filosofía positivista, se figura el universo mineral, viviente é intelectual, como una especie de

gran ser animado por fuerza única, que produce, por los mismos procedimientos y en virtud de las mismas leyes, cristales y plantas, hombres y sociedades; se considera desprovisto de naturaleza sentimental, y se atribuye capacidad suficiente para gobernar la parte interna de su personalidad, con la pretensión de poderse elevar al conocimiento de los primeros principios, para caer después en el panteísmo intelectual que es la característica de nuestro tiempo (1), y en todos los extravíos del sentimiento.

## VII

Sufrimos, pues, el dolor del progreso, forma nueva de los achaques que aquejan á la humanidad en su evolución, como si para adquirir el mayor grado de perfeccionamiento tuviera que experimentar primero, allá en su relativa juventud, las congostas de la inteligencia, y ahora, al extender su cultura, los desmayos del sentimiento, que llevan males profundos al cuerpo social, y al espíritu la crisis de sus enterezas y de sus debilidades, de sus juicios y de sus emociones.

---

(1) Analogía tan evidente hay en el pensar de los pueblos modernos y en el sentir de los pueblos primitivos, que se señala y se prueba con la mayor facilidad.

En el Bhagavat-Chita, famoso episodio del Mahabarata, dice CRICHNA al joven ARCHUNA, según la traducción latina de A. G. Schlegel:

«Hombres, animales, árboles, piedras, todo cuanto existe, es una misma cosa; una fuerza perpétua, eterna, mantiene cuanto ves, y lo renueva incesantemente. Lo que es hoy hombre, fué ayer materia inerte, después planta y mañana volverá á su primer estado.» «.....Yo soy el alma que reside en todos los cuerpos; soy el principio, el medio y el fin de todas las cosas.»

Y Luis Büchner, el más fogoso de los apóstoles del materialismo, dice: «Las mismas substancias, iguales fuerzas é idénticas leyes, engendran y componen el universo entero, desde el más pequeño infusorio hasta las formas gigantescas de los animales antediluvianos y las manifestaciones de la inteligencia.»

¿Qué hacer en este caso? ¿Tendremos, para encontrar remedio á la enfermedad, que proscribir el estudio de la ciencia y las meditaciones de la filosofía?

Nó; porque la ampliación del saber es una mayor aproximación al conocimiento de la verdad, y ese conocimiento nunca ha de trocarse en grave riesgo. Lo que sucede es, que notamos los efectos de esplendorosa luz, la cual, momentáneamente, produce obscuridad y lleva á nuestro ánimo fatigoso atolondramiento.

Lo que sucede es que, en el examen de la naturaleza, en la aplicación de sus leyes y en el aprovechamiento de sus energías, háse proclamado á la inteligencia como guía único de nuestras acciones, desconociendo la participación que en ellas lleva el sentimiento (1); y como lógica consecuencia de ese olvido, en que pudieron incurrir las escuelas filosóficas, y al que no pueden llegar, sin provocar horribles desastres, los sistemas científicos, la sociedad se vé precipitada á la indiferencia en lo religioso y á la perversidad en lo moral, por haberse cegado la fuente de aquellos ideales que tanto enaltecían nuestra personalidad. Reconstituir esos ideales, es, por lo tanto, suprema necesidad, y para conseguirlo, menester será, á nuestro juicio, abrir al sentimiento los horizontes que le ofrece el estudio y examen de la naturaleza.

A esa convicción obedecemos al consagrar este humilde trabajo á la facultad de nuestro espíritu más preterida por las escuelas psicológicas, desconocida y aun negada por los escolásticos, y que puede, sin embargo, bien educada, servir de base para agrandar el concepto metafísico, hasta llegar á

---

(1) Chauning dice: «Dad á un pueblo una instrucción perfecta con una educación defectuosa y llegará á ser un peligro ó un oprobio.»

la más perfecta concordia entre el vuelo de la filosofía y el rango y aspiraciones de la ciencia.

Para esto es indispensable completa renovación filosófica, y se impone una restauración idealista por medio de nueva concepción de la realidad, que venga á ser faro de la ciencia y norte de la filosofía, y en ella puedan reverberar todas las facultades del espíritu, sin excluir la que penetra en lo inmaterial de los fenómenos naturales, y señala ese enlace que, sin materializar el espíritu ni espiritualizar la materia, se refleja en las grandes emociones que nos estremecen en el estudio del universo.

No palpita ni tiene especial labor el sentimiento en las viejas escuelas espiritualistas, ni se hubiera manifestado de manera tan potente en los novísimos métodos de estudio, si en el palenque del saber no se encontrara en tan preferente puesto el examen experimental de la naturaleza, donde se muestra con tan extraordinaria energía la acción del espíritu sobre el ser físico, que no parece sino que de nuestra esencia surge nueva facultad, que, con buena dirección, nos aproxima á la realidad de todas las abstracciones, y vislumbra la grandeza del conjunto y la omnipotencia que le diera origen, forma y vida, ó sólo percibe, cuando sufre extravío, el dinamismo de las fuerzas, determinando la causalidad de todos los movimientos y de la misma vida.

Y como nunca el hombre se consagró, como ahora, al estudio de la naturaleza, ni el progreso físico recibió de ella concurso tan extraordinario, ni se realizaron tantos adelantamientos en el orden material, jamás el elemento que analizamos recibió estímulos tan poderosos, ni á la cultura popular llegó la tendencia filosófica en la forma en que en estos tiempos llega, suave unas veces, impetuosa otras, arrolladora siempre, como si to-

dos notásemos la necesidad de poseer completos conceptos del mundo.

Pero las cosas han cambiado radicalmente; y para evitar ese mal, ya grave, sin duda alguna, preciso es dar á la generalidad, dominada por esa aspiración del espíritu, otros testimonios de la realidad que el testimonio del sentido del tacto; y, para lograrlo, se impone una filosofía social que, al dar amplitud al conocimiento científico, utilice el concurso del sentimiento para embellecer las obras de la humana actividad, hermohear las cosas creadas, y reafirmar en la conciencia las tradiciones religiosas.

Para llegar á esta reforma preciso será vencer grandes resistencias: la de las escuelas filosóficas que tienen por molde exagerado intelectualismo abstracto; la de los empíricos con su criterio estrecho, y la de los pesimistas, que en su empeño de cerrar las puertas á toda esperanza y á todo consuelo, atribuyen, en los respectivos órdenes, cuanto lamentamos, á la determinación de causas preexistentes é inmovibles, para encerrar el pensamiento en el modo fisiológico de la idea, y declarar ciencia social á la biología, y único origen de nuestras acciones al determinismo fisiológico, concepto que desvanece todo linaje de responsabilidades, y llega á la conciencia del pueblo como relámpago de tormentosa luz, por haberle entronizado los hipnólogos en la Psicología, los antropocriminólogos en el Derecho, los naturalistas en el Arte y en la Literatura, los evolucionistas en la Política y los positivistas en la Sociología.

Frente á las afirmaciones de esas escuelas, que coinciden en considerar á la inteligencia como única facultad que elabora el pensamiento, opónganse los testimonios de la historia, que, condensando la observación de los siglos, reconoce y enaltece el trabajo de la inteligencia, señalando al propio

tiempo, con todos sus esplendores, la labor del sentimiento.

En buen hora que reconozcamos el imperio de la ciencia, dando elementos y recursos á la moderna civilización, al revelarnos la fase física de la naturaleza; pero sin llegar á la hipérbole de suponer que ella es el único alimento del espíritu, ni que en sus procedimientos dá al hombre facultades creadoras, por extraordinario que sea el poder intelectual.

En el cerebro humano, por misterioso trabajo, aparecen ideas para comprender y explicar la estructura de las cosas, sus leyes y sus fenómenos; pero sin que se le pueda atribuir condiciones para producir un átomo, ni las cualidades de una molécula.

Del cerebro de Newton no surgió la ley de la gravedad; ni del de Galileo el movimiento de la tierra, ni del alma de Laplace las atracciones planetarias.

Papín, Watt y Fultón, descubriendo la escondida energía del vapor acuoso, alma física de los esclavos modernos; Ersted, descubriendo las corrientes de inducción, para que Morse extienda, á manera de inmensos nervios del planeta, los hilos telegráficos; el P. Sechi, analizando las estrellas para dar á conocer la composición del mundo sideral; Bertelot en sus síntesis químicas; Tyndall fundando la termo dinámica, Bell ideando el teléfono, Gaiffe el micrógrafo y Edisson el fonógrafo, y tantos otros privilegiados talentos, que han embellecido la vida con los prodigios de su investigación, no hacen más que revelar y utilizar las maravillas del universo.

Pero de espíritus de ese poder, y de cerebros de ese entendimiento, han surgido ideas temerarias de la naturaleza, pavorosos juicios acerca del destino del hombre en la tierra y conflictos en la humana conciencia, todo lo cual demuestra que la concepción intelectual, por sí sola, vomita mónstruos,

como selva privada de vida, como abismo privado de luz; de esa luz que no produce sombras, como las produce la de la inteligencia; de esa vida que no se halla sujeta á las leyes de la materia, como lo está la vida del cuerpo, y que son la luz y la vida del hermoso sentimiento de nuestra alma.

¿Qué hacer, pues, para que el desarrollo intelectual no siga aislado su vertiginoso desenvolvimiento?

Reconocer que en el saber de nuestra época, basado en el examen de la Naturaleza, toma una parte interesante, por lo que se afecta ó impresiona ante los fenómenos naturales y los maravillosos efectos del humano trabajo, el elemento sentimental del hombre, y cuidar con el mayor esmero de la educación de esa tan activa y tan potente facultad.

Para realizar este intento, que tan inmensos beneficios ha de reportar, tenemos preciosos materiales, acumulados por los apóstoles de las escuelas más extremas, y de los pensadores que han formulado los conceptos más atrevidos y más demoleedores.

Nos resta, pues, recogerlos é incluirlos en amplia metafísica, para que los pensamientos de la razón no se desenvuelvan entre la nieve de abrumadora indiferencia.

Tyndall lo dice: «El hombre no es todo inteligencia. Si lo fuese, podría ser la ciencia su único alimento. Pero á la par que piensa, siente y es receptivo de lo sublime y de lo bello, de lo verdadero. En verdad yo creo que hasta la acción intelectual de un hombre completo se sostiene, consciente ó inconscientemente, por una corriente oculta de sentimientos. En vano, en mi opinión, se procura separar la naturaleza sentimental ó moral de la naturaleza intelectual. Que se observe todo hombre y presumo que en nueve casos de diez consideraciones morales ó inmorales (según el caso) son la fuerza motora que empuja á obrar en su inteligencia.»

Utilicemos esa magnífica declaración de uno de los sabios que más han trabajado en la ciencia moderna; y con la declaración de Tyndall, utilicemos las de Spencer, Huxley y tantos otros como han pretendido marcar y han marcado dirección y carácter al pensamiento, reconociendo la existencia de las «emociones», del sentimiento, en el estudio y la contemplación del mundo.

Y con esos y otros muchos materiales, acometamos con denuedo la obra, por tantos motivos necesaria, de desvanecer esa deformidad interior, que resiste las sublimes determinaciones del sabio, y produce en el obrero terribles determinaciones de un extraviado sentimiento.

Obra que demanda, con urgencia, el concurso de todos, para llegar á nuevos ideales que sean como faro en esta sociedad tan vacilante en su paso y comprendan la concepción fundamental de la ciencia, sin desdeñar la participación del sentimiento, como impulso para aspirar á duradera felicidad, compatible con todas las opiniones y con todas las doctrinas, y como lazo de unión para la práctica de las virtudes reveladas por el más puro saber y la bondad más infinita.

La atmósfera que respiramos es puramente científica, y en ella sólo puede crecer y crece, sólo pueden desarrollarse y se desarrollan, si otra dirección no se llega á marcar, esos monstruos que llevan en su mente caudal inmenso de ideas, riqueza inagotable de conocimientos, y en su corazón el vacío para esas «emociones» que extremecen nuestra existencia en los grandes dolores y en las grandes alegrías.

Para dar principio á esta tarea, tenemos punto de partida, y es aquel en que convienen todos; admitamos, pues, la existencia de esa corriente oculta que «empuja,» según dice Tyndall, á la inteligencia y de ese *algo* que brilla en las

«emociones» experimentadas por los mismos evolucionistas, é invitemos á los éticos á presentar la cuestión como es, ó sea señalando al sentimiento como impulsor de las humanas acciones, y de este modo, sin protesta de ninguna escuela, contribuyamos todos á educarle para que sea, como debe ser, manantial inacabable de bondad y de amor.

¿Cómo? Admitiendo que en la mezcla de tan contradictorias escuelas, en ese sincretismo que es rumbo del pensamiento moderno, la inteligencia padece la epilepsia del saber, cual excitado y predominante sistema nervioso, é inunda la sociedad con luz y sombras, horrores y esperanzas; reconociendo, además, que la enfermedad grave no ha hecho presa solamente en ese atributo, sino también en otro que conserva el poder y el empuje de su propia naturaleza, causando lo que en breve frase pudiéramos definir diciendo que la humanidad padece la crisis del sentimiento; admitiendo la necesidad de restablecer la proporción entre los elementos que constituyen nuestra naturaleza interna, de suerte que no se provoquen nuevos desequilibrios, y llamando á cordial alianza á los hombres dedicados al estudio, tanto á los que se consagran á investigar las verdades reservadas al trabajo, como á los encargados de guardar y propagar las reveladas al sentimiento; delineando perfectamente el camino de la ciencia para que siga su marcha triunfal, sin convertirla, por hipótesis ó generalizaciones, en filosofía exclusivista, rectificando unos y otros la intransigencia de las exageraciones, y extendiendo todos los brazos para salvar las distancias y establecer la unión en una sola creencia, reveladora de la eternidad del Creador, y estímulo constante para que el espíritu desenvuelva por igual sus hermosas facultades.

HE DICHO.

X640890562

UNIVERSIDAD DE SALAMANCA



6403409137

